

FELICIDAD Y LIBERTAD

Acerca de la idea de formación
en John Stuart Mill

*John Larry Rojas
Castillo**

El presente texto nace de la preocupación vital y filosófica por comprender la praxis educativa como un proceso dinámico de índole social. En este orden de ideas, educar no es sólo reproducir un modelo de comportamiento cultural y una serie de disciplinas teóricas, sino que es una actividad humana consciente que implica una serie de supuestos, creencias y opciones no razonadas de orden moral.

Alrededor de esta problemática, considero que la obra de John Stuart Mill ilumina de manera interesante la comprensión social de la educación. En este sentido nos interesa indagar cómo el autor plantea una formación para la felicidad.

Para lograr este objetivo determinaremos cómo, en un primer

momento, Mill parte de una noción de hombre como ser pasional y simpático, a partir de lo cual consideraremos cómo el bien supremo del mismo es la búsqueda de la felicidad de la manera más amplia y libre posible. Determinaremos cómo la felicidad consiste en el cultivo de los sentimientos y placeres mentales más elevados, mostrando que ello conduce a una formación que defiende la mayor felicidad humana en un contexto social de libertad.

Ante el problema que abordamos es fácil plantear la pregunta por las razones que justifican la reflexión que pretendemos, ello en la medida en que el autor que investigamos no hace un tratado propiamente educativo o pedagógico.

Respecto de esta cuestión se debe aclarar que la pretensión del autor es esencialmente realizar una reforma social.

Esto quiere decir que no está interesado en un discurso moral racional, a la manera de Kant, sino que pretende acercarse a la conciencia común de manera que esta comprenda y siga en su vida un principio práctico, concreto, que le permita dilucidar lo correcto *right* e incorrecto *wrong*.

Así, la pretensión utilitarista no es la guía moral a partir del esclarecimiento teórico de fundamentos puros, sino la determinación de principios prácticos que tengan por finalidad el actuar correcto.

Dicha pretensión se dirige a la educación como uno de los ele-

* Licenciado en Filosofía y estudiante del programa de Maestría en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Coordinador del Área de Filosofía de la Corporación Universitaria Minuto de Dios y Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Javeriana.

mentos fundamentales de la formación humana.

Ello es claro en la medida en que Mill muestra cómo las costumbres sociales cultivan a los individuos y cómo es fundamental que la labor formativa en todos los niveles este orientada en favor de la reforma que tiene por fin la búsqueda libre de la felicidad¹.

Esto lleva a pensar que el utilitarismo en general, como reflexión filosófica, puede ser leído en clave educativa, es decir que si bien no se trata de un discurso educativo estricto, nos devela los aspectos fundamentales que pueden guiar la praxis formativa formalizada, que una reforma social necesariamente implica.

La pasión como esencia humana

Ahora bien, la reflexión de Mill tiene por fin convencer, no demostrar. Esto quiere decir que el discurso utilitarista comprende que la naturaleza humana no es una realidad racional pura, que constriñe de manera estricta la voluntad, sino que más bien comprende que son las pasiones, los sentimientos, los apetitos, las inclinaciones y los deseos los motores que realmente mueven a los hombres en su vida concreta.

De esta manera, el hombre no es un ser maquínico que obedece a los patrones fijos de unos procedimientos de operación

predeterminados, sino que más bien es una naturaleza pulsional de la cual emergen continuamente fuerzas que se enfrentan. Así, en el hombre fluyen innumerables corrientes de energía que se afirman continuamente determinando la vida. En consecuencia la naturaleza humana es contingente, es un devenir en permanente constitución, en continuo devenir. Es una entidad viviente que manifiesta continuamente su transformación sin fin.

Ahora bien, a partir de allí se muestra que un hombre se realiza plenamente en la medida en que afirma su ser, es decir, en la medida en que emerge plenamente la energía interior que lo anima.

Decir que los deseos y sentimientos de una persona son más fuertes y más variados que los de otra, significa meramente que la primera tiene más materia primera de naturaleza humana y, por consiguiente, que es capaz, quizá, de más mal, pero ciertamente de más bien².

Así, el hombre es en la medida en que desenvuelve a plenitud su realidad pasional. Ante esto surgen varias preguntas respecto al problema educativo. En un primer momento, ¿cuales serían los faros fundamentales que deben guiar el proceso formativo del hombre?

Ello en la medida en que, como nos dice el autor, es necesario

formar una *conciencia fuerte*, la cual tome su raíz y se fortalezca a partir de la naturaleza pasional humana. Es decir que la formación del individuo parte de las pasiones y deseos, de manera que se puedan direccionar adecuadamente, formando naturalezas humanas fundadas en el desenvolvimiento pleno de las fuerzas que palpitan en su interior.

De este modo, no se trata de negar o ignorar la complejidad múltiple de las pasiones y deseos humanos, sino de descubrirlos y afirmarlos de manera humana.

La Felicidad como supremo fin humano

Ahora bien, en la medida en que Mill posee una visión contingente y pasional de la vida humana, comprende que ella tiene como finalidad "[...] una existencia libre, en la medida de lo posible, de dolor y tan rica como sea posible en goces, tanto por lo que respecta a la cantidad como a la calidad, constituyendo el criterio de la calidad y la regla para compararla con la cantidad, la preferencia experimentada por aquellos que, en sus oportunidades de experiencia (a lo que debe añadirse su hábito de auto-reflexión y auto-observación), están mejor dotados de los medios que permitan la comparación"³.

De la misma forma el hombre es un ser contingente cuya ten-

dencia intrínseca es el deseo de alcanzar la felicidad, la cual no consiste en un estado inmediato de éxtasis pasional, sino en una condición existencial⁴. Así, no se trata de una emoción, sino más bien es una condición vital en la cual el hombre disfruta del placer propio a su condición o dignidad. El placer humano no es una pasión inmediata, sino un sentimiento afinado, un goce mental de carácter cualitativamente superior.

El hombre feliz opta por buscar cierto tipo de existir feliz, es decir, desarrolla un proceso, un camino, un devenir en el que poco a poco va cultivando el goce de ciertos sentimientos mentales y evitando el dolor y la perturbación nacida de una búsqueda equivocada en la vida.

“La felicidad a la que se referían los primeros no es la propia de una vida de éxtasis, sino de momentos de tal goce, en una vida constituida por pocos y transitorios dolores, por muchos y variados placeres, con un decidido predominio del activo sobre el pasivo, y teniendo como fundamento de toda la felicidad no esperar de la vida más de lo que la vida puede dar”⁵.

Casi a renglón seguido, el autor nos muestra como el faro que debe orientar la educación es la búsqueda de la felicidad, pues es la suprema condición de la vida, a partir de la cual se persiguen todos los demás bienes.

El hombre cultivado en el amor por la felicidad, según nuestro autor, debe construir un carácter que sea en todo momento consciente de la complejidad, la paradoja y la contingencia propia de la vida, de manera que no desespere ante las dificultades y disfrute a plenitud los momentos de placer.

Ser consciente del estado de contingencia vital implica comprender las dificultades, aceptarlas, asumirlas y a partir de ello, cultivar una vida en los placeres propios de la dignidad humana o auto respeto (*self respect*). Dichos placeres humanos consisten en el goce mental nacido de la praxis intelectual, de los sentimientos morales, el cultivo y afinamiento de la solidaridad y el bienestar comunitario, la contemplación de la belleza en la naturaleza y en el arte.

Examinemos ahora como el autor nos muestra que uno de los elementos fundamentales en el cultivo de una vida feliz es el afinamiento progresivo del sentimiento de vinculación o solidaridad con los intereses comunitarios⁶.

Simpatía y humanización

Para el autor inglés, siguiendo los pasos de David Hume, la simpatía es una condición necesaria de la humanidad. Ello en la medida en que el hombre busca fundamentalmente su felicidad en sintonía con los

intereses de los demás. Es decir, el hombre posee como supremo fin la felicidad y ese interés no es egoísta, sino que se abre a las necesidades y aspiraciones de los demás hombres con los que convive. Ello se explica a partir de la simpatía *sin pathos*, entendida como la *capacidad de padecer con los demás los sentimientos de dolor o de placer ante lo correcto o incorrecto*.

Cada hombre percibe en sí mismo el sentimiento que el otro sufre en sus distintas situaciones y a partir de ello imagina su situación, padeciendo con él sus sentimientos. De esta manera, los hombres, al contemplar y sintonizarse con los sentimientos de los otros se vinculan, se sintonizan experimentando los sentimientos morales cultivados por la comunidad humana a lo largo de la historia de su vida.

De esta manera, el hombre es un espectador que a partir de la contemplación de la tragedia, el drama o la comedia humana, se forma moralmente, se humaniza. Así, como diría Hume *“El rostro humano pide prestados sonrisas y lágrimas al rostro humano”*.

También, la moralidad, específicamente humana, esta fundada en la simpatía como condición pasional que posibilita experimentar, compartir y cultivar los sentimientos morales. De tal forma, la pasión no es negativa, sino más bien es

la base y el motor de la moralidad, pues es el puente que nos posibilita relacionarnos con los otros y cultivar nuestra humanidad.

Por eso el hombre se forma — educa— en el espectáculo del mundo, es decir, en la contemplación y en el padecer los sentimientos morales. El hombre se constituye de manera fundamental a través del cultivo de dichos sentimientos. O sea que el puente que nos permite comunicarnos y participar de la vida moral de una comunidad no es la razón, sino la pasión, es decir, la posibilidad de cultivar sentimientos morales.

Hacia la formación de una existencia feliz

A partir de todo lo dicho es posible determinar que Mill nos ofrece una reflexión filosófica que ilumina de manera importante nuestra visión de la praxis educativa en la medida en que, en un primer momento, nos devela cómo no existe una única forma verdadera de ser hombres, lo cual nos posibilita dilucidar en su pensamiento una formación en la libertad, en la solidaridad y en el respeto por la diferencia.

Al ser el hombre un complejo de múltiples energías en desarrollo, no existe una fórmula racional o un principio puro del cual derivar verdaderas formas de vida, pues no podemos establecer un modelo único y verdadero.

Por otro lado, las costumbres son percibidas por el autor como una condición en la formación humana, pero también como una limitación si ellas no posibilitan al individuo el desenvolvimiento pleno de su propia realidad⁷. Las costumbres nos forman moralmente, pero no podemos permitir que ellas decidan el género de vida propio a cada individuo.

Ante esto una educación utilitarista cultivaría un elevado refinamiento en la percepción de los sentimientos morales y de la búsqueda de la verdad, pues no se trata de determinar una infalible y veraz forma de vida, sino de cultivar en el individuo las distintas capacidades que le permitan por sí mismo conocer su situación y potencialidades y a partir de ellas reflexionar y optar de manera propia.

El que deje al mundo, o cuando menos a su mundo, elegir por él su plan de vida no necesita otra facultad más que la de la imitación propia de los monos. El que escoge por sí mismo su plan, emplea todas sus facultades. Debe emplear la observación para ver, el razonamiento y el juicio para prever, la actividad para reunir los materiales de la decisión, el discernimiento para decidir, y cuando ha decidido, la firmeza y el autodomínio self control para sostener su deliberada decisión⁸.

Esto quiere decir que se debería cultivar las distintas com-

petencias que permitan al individuo percibir, *en medio del mar de la vida social*, el género de vida en el cual puede buscar y construir mejor su propia realidad, sus propios deseos y potencialidades.

Así, una formación utilitarista pretendería impulsar en los individuos el amor por la felicidad y el cultivo de sí mismos de manera que cada uno busque de manera propia, en la excentricidad, el tipo de vida que posibilite el desarrollo y el avivamiento de sus propias energías interiores.

Por otro lado, es indispensable que esta búsqueda libre de la felicidad vaya acompañada de un continuo refinamiento de las capacidades humanas de simpatía social, de manera que la opción libre por la búsqueda de la felicidad sea solidaria con el bienestar comunitario.

Es así como Mill nos ofrece una perspectiva que ilumina y enriquece nuestra comprensión de la educación como fenómeno comunitario y posibilita al individuo optar por la felicidad propia al tiempo que cultiva el bienestar social.

NOTAS:

¹ MILL, J. S., *El utilitarismo*, Ed. Altaya, cap. 2.

² MILL, J.S., *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, p. 132.

³ MILL, J.S., *El utilitarismo.*, p. 54.

⁴ *Ibidem*, p. 55.

⁵ *Ibidem*, p. 56.

⁶ *Ibidem*, p. 57

⁷ Mill, en su ensayo *sobre la Libertad*, critica a las costumbres como formas dogmáticas e irracionales de establecer y limitar la vida de los individuos. Sin embargo, recordemos que en el capítulo segundo del *El Utilitarismo* nos muestra que la cultura humana posee ya una comprensión acerca de lo correcto e incorrecto moralmente, de manera que los individuos no necesitan hacer un proceso demostrativo completo para esclarecer lo bueno y lo malo en cada situación, sino que, a partir de nuestra formación cultural, ya tenemos una formación moral básica. Cfr. MILL, *Sobre la Libertad*, pp.-130-132; *Utilitarismo*, p. 71.

⁸ MILL, *Sobre la Libertad*, p. 130, 131.